

Recuerdos de Antonio de sus compañeros de curso

Querida Elena, Familiares, Amigos y Compañeros de Antonio Castellanos:

Quiero dirigirme a todos Uds. en calidad de representante del curso al que perteneció Antonio, durante su Licenciatura en Ciencias Físicas en la Universidad de Valladolid.

Por las razones que voy a explicar a continuación, los miembros de nuestro curso hemos mantenido una estrecha relación, tanto durante los años de la Licenciatura como posteriormente. Fruto de ello, nos hemos reunido en Valladolid en cuatro ocasiones, la última de las cuales fue en Noviembre del año 2014, con el fin de celebrar los 45 años transcurridos desde que terminamos la carrera, allá por el año 1969.

Los integrantes de nuestro curso formábamos la segunda promoción de Ciencias Físicas de la Universidad de Valladolid y éramos pocos. Íbamos a clase, regularmente, unos quince y, a su término, en las aulas de aquella antigua Universidad, hablábamos entre nosotros tanto de la Física como de las inquietudes de una juventud recién estrenada. Sobre esta base se construyó una relación, que se ha mantenido con el paso del tiempo.

Algunos compañeros cursaron el Selectivo en otras Universidades, de modo que aparecieron por Valladolid al comienzo del segundo curso de la Licenciatura, en Octubre de 1965. Uno de ellos, con abundante pelo ensortijado y lleno de una risa contagiosa fue, precisamente, Antonio. Nada más hablar con él nos dijo que era de Leon. Por esa circunstancia y su alborotada cabellera, desde entonces algunos compañeros de curso le hemos llamado, cariñosamente, León.

Antonio era jovial y cercano, y, muy pronto, fuimos conscientes de su cabeza privilegiada. Por eso, se convirtió enseguida en una referencia para todos nosotros.

Al principio de cada curso, Antonio compraba un simple bolígrafo Bic y un block de espiral de tapas azules y duras. Ese era su único cuaderno de apuntes para todas las asignaturas del curso; a diferencia de la mayoría de compañeros quienes utilizaban un cuaderno distinto para cada asignatura. Durante la clase, él apuntaba solo unas pocas cosas en su cuaderno de tapas azules; mientras que muchos otros tomaban afanosamente notas de todo lo que allí se contaba.

Hay una preciosa anécdota, que habla por sí sola de la inteligencia que atesoraba Antonio en aquellos años. Igual que varios compañeros de curso, Antonio pertenecía al primer grupo de hijos de familias modestas, que, en nuestro país, consiguieron acceder a la Universidad. Con tal motivo, él iba a comer, con frecuencia, al comedor del entonces llamado “Sindicato Español Universitario” más conocido por su abreviatura SEU. Como resultado de estas visitas gastronómicas, Antonio sufrió una avitaminosis en tercero de carrera, lo que le obligó a estar ausente de las clases durante varios días, justo antes de un examen de la asignatura de ecuaciones diferenciales. Por esta circunstancia, el día antes del examen, Antonio le pide a un compañero, hoy aquí presente, que le permita ver sus apuntes. Éste, tras hacer un último repaso por la tarde, entrega sus apuntes a Antonio a las ocho, tras haber estado ambos charlando tranquilamente, ya que Antonio no mostraba tener prisa alguna. El examen tiene lugar al día siguiente por la mañana. Al cabo de unos días se publican las calificaciones y el autor de los apuntes obtiene un 6,5 y Antonio un 9. Tras ver las calificaciones aquel se dirige, con admiración, a

Antonio y le pregunta cómo lo ha conseguido. Entonces Antonio, con sencillez, le responde: "Que no tonto, es que tus apuntes estaban muy claros".

A pesar de su juventud, Antonio poseía, ya entonces, una serie de cualidades muy singulares. Una de ellas era su amplia cultura científica y su interés por aprender en el vasto dominio de la Ciencia y, en particular, de la Física. Le oíamos hablar tanto del enfoque del libro de Landau sobre la mecánica clásica, de los fundamentos de la mecánica cuántica, o de la teoría de la radiación de Dirac. Esa amplia formación que, con tesón, fue adquiriendo a lo largo de los años ha sido la base para poder desarrollar, más adelante, una investigación científica de calidad. Sin ella es casi imposible conseguirlo, especialmente en países con una tradición científica muy limitada.

Otra de sus cualidades destacables era la madurez. Junto a su sencillez y risa juvenil Antonio siempre transmitía tanto claridad de ideas como confianza en su futuro. Cuando estaba convencido de algo, lo expresaba sin circunloquios. En una ocasión, al acabar la clase de un profesor, le preguntamos a Antonio qué le había parecido. Mirándonos a los ojos y con esa risa suya nos soltó: "No tiene ni idea", apoyando esa afirmación con un rotundo adjetivo.

Por esa confianza que poseía Antonio, no le afectaba la inseguridad y la zozobra que otros sentían ante el comienzo de la nueva etapa de la vida, que se iba a abrir justo al concluir nuestra licenciatura.

Ese momento llegó en Julio de 1969 y los que habíamos compartido la Licenciatura en Físicas comenzamos a separarnos y a buscar nuestro camino, bien en el extranjero, bien en España. Antonio se dedicó,

inicialmente, a la Física Nuclear. Consiguió una beca del Gobierno francés para realizar una estancia en la Universidad de Burdeos y, como resultado, leyó su tesis Doctoral en 1972 y publicó sus primeros trabajos científicos. A continuación, solicitó, y obtuvo, una beca Fullbright con el propósito de realizar una estancia en la Universidad de Ohio y, además, ver mundo. En ese año, en el que impartió clases de problemas de mecánica, él se hizo todos los problemas de un libro duro como el Simon.

A su vuelta, apoyado, según el mismo me contó, por Vicente Aleixandre, quien había sido profesor nuestro durante la carrera, Antonio da el salto y se incorpora, en Valladolid, al área de electromagnetismo. Posteriormente, desde 1978 hasta principios de 1982, trabaja Antonio en la Universidad Autónoma de Madrid. Precisamente, colaborando con Manuel Velarde publica Antonio en 1981 su primer trabajo sobre estabilidad electrohidrodinámica. Este tema va a constituir un *leit motiv* en su carrera posterior, que desarrolla en esta Universidad de Sevilla, a donde él llega en 1982.

La explosión científica de Antonio tiene lugar, fundamentalmente, a partir del año 2000, cuando su nombre comienza a figurar entre el de los científicos españoles más citados en las distintas ramas de la Física.

En las Navidades del año 2006 Antonio nos envía a sus compañeros de curso una felicitación en la que aparece un bosque profusamente nevado. En el mensaje adjunto él nos dice: “la foto es de un bosque ruso donde sufrí algunas caídas intentando esquiar”. Tras recibirla le contesto inmediatamente y Antonio, entonces, me responde diciendo: “Sería fantástico vernos y te contaré cómo ha cambiado mi vida. La foto que has

recibido tiene un montón de pistas sobre mi nueva vida”. Su mensaje resumaba felicidad.

Cuando nos encontramos de nuevo, en la celebración de los 45 años, Antonio ya vino acompañado por Elena, una mujer inteligente y sensible, y sus dos hijos pequeños. Fue un día, sin exageración alguna, para recordarlo siempre. Además de disfrutar de su risa inconfundible, hicimos un repaso de nuestras vidas y hablamos una vez más de Física. En este caso, aun anduvimos discutiendo sobre la relevancia que concedía Einstein al experimento de Michelson–Morley en su trabajo sobre la relatividad del año 1905.

Ese día de Noviembre de 2014 los hijos de Antonio estuvieron todo el tiempo con los compañeros de curso de su padre. El hijo mayor anduvo hablando mucho rato con un compañero de curso, Luis Bailón, hoy ausente a su pesar. Con él el chavalín parecía sentirse en sintonía y encontrarse muy a gusto. Cuando nos tuvimos que despedir, recuerdo vivamente las lágrimas del pequeño por no poder seguir hablando con Luis. Quedé impresionado por la sensibilidad de aquel niño.

Después de ese día de Noviembre de 2014 un compañero que reside en USA, Celerino Abad, y yo mismo escribimos en varias ocasiones a Antonio; pero no volvimos a encontrarnos más. No quiero, sin embargo, que ahora nos llene la tristeza.

Si ese último viaje ha de ser ley y no accidente, es ahora momento de contemplar, con serenidad, lo que él ha ido dejando al recorrer el camino; ya que es justamente lo que hemos hecho en este mundo, aquello que concede o niega el sentido a nuestra vida. Por eso, si lleva quien deja y vive el que ha vivido, es alegría lo que debemos de sentir por todo lo que

ha dado Antonio a su paso por este mundo. Si sus compañeros de curso le queríamos, él ha dejado una impronta en esta Universidad de Sevilla, tanto en el plano humano como en el científico, al tiempo que ha podido disfrutar de una familia con la que mantenía un vínculo muy entrañable.

Haciendo, precisamente, hincapié en lo que él nos ha dejado, quisiera concluir rememorando una anécdota que refleja la sal y la inteligencia de la que disfrutó Antonio durante su vida. Sucedió hace ahora cincuenta años y siempre que nos veíamos la recordábamos juntos.

En aquellos años, de apreturas económicas bastante generalizadas, Antonio vivía de alquiler en una casa muy antigua de Valladolid junto con otro joven inquilino al que apodaban Bwana. Como era necesario recortar gastos, los dos inquilinos emprendieron una afanosa investigación sobre la red eléctrica que fue, sin duda, premonitoria del destino final de Antonio, como investigador en el área de electromagnetismo.

Tras arduos días de trabajo, Antonio consiguió descubrir lo que podríamos denominar efecto túnel eléctrico. Gracias al mismo, los dos inquilinos recibían corriente eléctrica en su casa; aunque ésta, misteriosamente, no circulaba por el contador que había a la entrada.

Gracias, Antonio, por todo lo que nos has dado.

Querido León, hasta siempre.